

LA RIQUEZA ANTROPOLÓGICA DE LAS ENSEÑANZAS DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ SOBRE LA UNIDAD DE LA VIDA HUMANA

Genara Castillo Córdova*

Introducción

Al tratar de enfocar filosóficamente las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, empezaremos por recordar que su vida y obra no son susceptibles de interpretación hermenéutica, ya que su figura y su obra no están en el pasado, sino que sus enseñanzas mueven desde un nivel superior y llegan con mayor fuerza a medida que pasa el tiempo. Por ello, lo que pretendemos no es, evidentemente, ni completar, ni modificar, ni interpretar reductivamente sus enseñanzas, sino sólo resaltar la riqueza que ellas contienen respecto a la tan necesaria unidad de la vida humana.

* Doctora en Filosofía. Estudios de Artes Liberales, de Ciencias de la Educación, de Psicopedagogía; gcastill@udep.edu.pe

1. La unidad vital y la multiplicidad de aspectos funcionales

A. El requisito de toda vida: la unidad

La complejidad de la vida humana en la actualidad es notoria, y además es el propio hombre el que experimenta mucha dificultad para armonizar las diferentes actividades de su vida. Dicha dificultad ha sido representada con la imagen del hombre dividido, roto por dentro, íntimamente infeliz (su actividad intelectual discurre separada de su vida práctica, en ésta sus tendencias van desasistidas de la razón y de la voluntad, y la actividad técnica o productiva sigue también un cauce separado).

Esa falta de unidad no sólo se detecta internamente, en la falta de integración de las diferentes facultades humanas; ni en la vida teórica como contrapuesta a la vida práctica; ni sólo en la pérdida de la unidad del saber;¹ ni únicamente en la falta de integración ético-técnica en las actividades humanas; sino que también se manifiesta en la separación de su dimensión social, lo cual ha dado origen a individualismos, socialismos, y activismos no superados todavía.²

Así pues, la falta de unidad en la vida humana, la desintegración de sus diferentes dimensiones y la ausencia, o el olvido, de visiones integradoras ha ido debilitando y agostando la vida de muchas personas. Por esto; cada vez se ha hecho más necesaria una aclaración sobre la verdad de la vida humana, porque de lo contrario el hombre de estos tiempos se encuentra en una auténtica penuria, acentuada por los cambios tan

¹ Esta tarea de la unidad del saber ha sido encomendada por el Santo Padre a los profesores universitarios, en ocasión del jubileo universitario en Roma: "Haced que las universidades se conviertan en 'laboratorios culturales' en los cuales la teología, la filosofía, las ciencias del hombre y las ciencias de la naturaleza dialoguen constructivamente". Cfr. Juan Pablo II. Discurso del 9 de septiembre del 2000.

² Entender al ser humano adecuadamente no ha sido fácil; como hemos señalado, la razón de esta dificultad está en su complejidad. Por eso no es de extrañar los diferentes dualismos y sus respectivos reduccionismos, así como su contrapartida: las concepciones monistas, cuando no las soluciones sincretistas. Con esas concepciones se generan efectos perversos que agravan aún más la vida humana.

vertiginosos que se están dando.³

Si el asunto de la unidad de la vida humana ha tenido sus dificultades, tanto en el campo de los planteamientos teóricos como en la acción humana práctica; ha presentado también dificultades muy peculiares dentro de la vida del cristiano. Como es sabido, después de los primeros cristianos, se han seguido muchos siglos en que se ha vivido con la división entre vida contemplativa y vida activa; acentuada por una falta de valorización de la vida ordinaria e incluso del trabajo humano.

En medio de esta situación en que por influencia de la modernidad, se han producido diferentes reduccionismos, individualismos y activismos; y por el largo paréntesis de siglos en la Iglesia cristiana en que se da una gran separación entre la vida contemplativa y la vida activa, surge la figura y las enseñanzas del Beato Josemaría en torno a la unidad de la vida humana.

Según Dominique Le Tourneau,⁴ en los escritos del Fundador del Opus Dei, la expresión “unidad de vida” se encuentra por vez primera en una nota del 6 de febrero de 1931; y si bien sus enseñanzas traspasan el tiempo humano y aunque su objetivo no era dedicarse a hacer formulaciones teóricas, sin embargo están cargadas de gran contenido, por lo que también son una invitación a desarrollar teóricamente esa inagotable verdad, en la medida de lo posible, ayudándonos de nuestra capacidad intelectual.

Como afirma el Beato Josemaría Escrivá, la vida exige la unidad: “No olvides que la unidad es síntoma de vida: desunirse es putrefacción, señal cierta de un cadáver”.⁵ Teóricamente, el poner de relieve la necesaria unidad como requisito de toda vida es una enseñanza que redescubre y prosigue una exigencia puesta de manifiesto por los filósofos clásicos, especialmente por Aristóteles, que luego será recogida

³ A esta situación se refiere el comienzo de la *Fides et Ratio*, n. 1: “El hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y de su propia existencia”.

⁴ Le Tourneau, Dominique. “Las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre la unidad de vida”, en *Scripta Theologica*, 31, Pamplona, 1999, pp. 633-676.

⁵ *Camino*, n. 940.

Ética teológica debieran, en principio, poder complementarse y enriquecerse mutuamente, manteniendo sin embargo cada una, su autonomía metodológica y epistemológica, sin confusiones ni estériles antagonismos. Esta complementación y enriquecimiento mutuo, además, no puede restringirse solamente a una discusión en un cenáculo de especialistas de Filosofía y Teología, sino que cada cristiano, en la medida de sus capacidades y posibilidades, está llamado a hacer esta síntesis en su mente y en su corazón. Así entiendo la interpelación que hacía el Beato Josemaría, a todo cristiano en el sentido de tener, “piedad de niños y doctrina de teólogos”. Me parece importante señalar aquí, para nosotros, como gente de la calle y como cristianos *de a pie*, que más allá de la diversidad de saberes y de especialistas en ellos, existe una unidad fundamental del saber que es la que nosotros estamos llamados a actualizar en el día a día de nuestra existencia. Ello supone, evidentemente, una exigencia de nuestra parte para enterarnos lo más posible de los progresos de las distintas disciplinas y una responsabilidad de parte de los intelectuales de hacer accesibles los resultados de su estudio.

Si una Ética filosófica, como saber racionalmente justificable acerca del autogobierno humano, a partir de las evidencias de la razón, debe ser entendida como una parte de la Filosofía, una Bioética filosófica debe ser considerada, a su vez, como una parte de esta Ética. Entendemos a la Bioética filosófica, en consecuencia, como aquel saber racionalmente justificable acerca del autogobierno humano en el campo de la atención de salud y de la investigación biomédica.

En la medida en que, por una parte, la Ética tiene por objeto el estudio de la conducta humana como tal, en cuanto ordenada al bien de la persona, y que, en principio, el conseguir el bien de la persona está en su poder, el objeto de la Ética no es sólo ni principalmente un objeto a contemplar, sino más bien y sobretodo un objeto a *producir*. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que la Ética es en esencia un *saber práctico* y no un saber especulativo. A este carácter práctico apuntaba Sócrates cuando, en su particular estilo, hacía notar que, al que produce buenos zapatos llamamos eximio zapatero, y al que produce buena música, un músico “virtuoso”. ¿Cómo llamaremos, se preguntaba, al que produce buenos hombres? Lo mismo expresaba, Aristóteles, de un modo

más formal, cuando decía que estudiamos la virtud no para saber lo que ella es, sino para ser buenos.⁶ La pregunta entonces acerca de qué hacer para saber Ética se transforma en la pregunta ¿qué he de hacer para ser bueno? Pregunta que a los cristianos nos evoca aquella que el joven rico le hiciera a Jesús, “Maestro ¿qué obra buena he de realizar para alcanzar la vida eterna?”.⁷ Josemaría Escrivá, haciendo con humor un juego de palabras, llamaba al joven de ese episodio “el ave triste”, ya que como sabemos cuando Jesús le pidió no una obra buena sino todo su corazón, él se fue triste; lo que en latín se dice *abiit tristis*.

4. La ciencia, la prudencia y el bien de la persona

En el ser humano, y desde una perspectiva puramente filosófica, la virtud que hace buenos no es la ciencia sino la prudencia, de aquí que el prudente sea necesariamente bueno, y el versado en ética no necesariamente lo es. La prudencia, en consecuencia, que ilumina la inteligencia en orden a la elección buena, tiene en este caso prioridad objetiva por sobre la ciencia, aun cuando sea cierto que el prudente, para tomar buenas decisiones, intenta siempre adquirir la máxima ciencia que le sea posible. No se trata de una oposición sino de una complementación dentro de un orden.⁸

La Ética en consecuencia, tanto filosófica como teológica, como saber práctico acerca del autogobierno humano, se encuentra sometida a una permanente tensión. A medida que, para mejor entender, se eleva y perfecciona en la abstracción, como le corresponde en su calidad de ciencia, se aleja de la concreción y singularidad, a la que la realidad misma y la prudencia la llaman. Por otra parte, si responde al llamado que se le hace, a dirigir la acción singular, y se acerca a la concreción de la prudencia, se aleja de la claridad de aquella ciencia que la misma prudencia

⁶ “Pero por cuanto la presente disputa no se aprende por sólo saberla, como las otras ciencias (porque no por saber qué cosa es la virtud disputamos, sino por hacemos buenos, porque en otra manera no fuera útil la disputa)...”, Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, trad. Pedro Simón Abril, II, 2.

⁷ Mateo, 19, 16.

⁸ Es claro que desde la perspectiva teológica, este análisis filosófico de la prudencia como virtud moral natural, requeriría ser complementado con consideraciones acerca de la prudencia como virtud moral infusa, las virtudes teologales y la prudencia que es don del Espíritu Santo.

vida. ¿Cómo se explica esa unidad que no es simplemente una composición artificial ni de mera compatibilidad externa? Como hemos señalado anteriormente, dentro de la filosofía, hay algunos atisbos en la tradición clásica, según la cual la actividad vital (*energeia*) está sostenida por la forma (*entelecheia*), que es el alma. De esta manera, la actividad vital está referida a su principiación misma; como decíamos, los movimientos están unificados formal e intrínsecamente: la actividad redundando sobre sus principios.

Este planteamiento ofrece la base para hacer una aproximación destinada a entender la unidad de la vida cristiana –que es muy potente–, ya que ahí se concibe la vida como cierta inagotabilidad, como un resurgimiento o redundancia. Los actos redundan sobre sus principios, y así se constituye y crece la vida, hasta hacerse inagotable. La vida es entendida como un continuo reforzarse que se abre a niveles más altos, es un continuo reforzamiento a partir del instante de la concepción.⁹ Por tanto, la vida de la gracia no es superpuesta sino que es radical, informa desde el ámbito más intrínseco.

En esta corta intervención querríamos empezar refiriéndonos al reforzamiento de tres aspectos de la vida cristiana, propios de la espiritualidad que nos ha legado la vida y obra del Beato Josemaría Escrivá; se trata de una vida inagotable que surge a partir de la recíproca asistencia de las siguientes dimensiones de la vida cristiana:¹⁰ la vida de fe, la vida social y el trabajo humano; a través de las cuales la persona humana coexiste con Dios, con los demás y con el universo.

⁹ Cfr. Castillo C., Genara. *La actividad vital humana temporal*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2001.

¹⁰ En este planteamiento seguimos a Leonardo Polo, en su artículo “El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer”, en *Anuario Filosófico*, Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 9-32.

a. La vida de fe

Para el cristiano, la vida contemplativa se fundamenta en la filiación divina,¹¹ así dice el Beato Josemaría: “El que no se sabe hijo de Dios desconoce su verdad más íntima”.¹²

Somos hijos, pero es necesario saberlo y aceptarlo. Sabernos hijos es sabernos dependientes y esta dependencia se entiende como corresponder al Amor divino.¹³ Es en esta clave como la insuficiencia de la naturaleza humana no se vive problemáticamente,¹⁴ sino que ese mismo sentido de la filiación divina hace que nos sepamos sostenidos por la suficiencia divina. Cuando esa dependencia no se cuida, cuando se desintensifica, cuando el hijo “se va lejos”,¹⁵ se produce el pecado, en el cual perdemos el destino de nuestro ser personal: “Por soberbia. –Ya te ibas creyendo capaz de todo, tú solo (...)”¹⁶

Así pues, la presencia de Dios “es el nervio de la unidad de vida”.¹⁷ A su vez, vivir la presencia de Dios requiere ejercitar las virtudes sobrenaturales infusas, la fe, la esperanza y la caridad, las cuales se refuerzan recíprocamente, haciendo posible la actuación del Espíritu Santo que sostiene la vida de oración, el diálogo personal con las personas divinas, en cuya presencia tratará de discurrir la vida corriente del cristiano. Es en esta vida ordinaria donde cada quien acude a buscar los dones que ofrece a Dios,¹⁸ invocando la aceptación divina.¹⁹

¹¹ Como sabemos, la filiación divina tuvo un momento en que fue descubierta admirablemente en la vida del Beato Josemaría Escrivá y que le llevó a expresarla con la exclamación *Abba, Pater!*

¹² *Amigos de Dios*, n. 26.

¹³ Esta realidad del cristiano se puede ver bastante bien desde una filosofía que considere la radicalidad del acto de ser personal. Desde este planteamiento trascendental se entiende la vida de entrega del cristiano, aunque ahora no nos podemos detener en ello.

¹⁴ Algunos filósofos modernos detectan la insuficiencia de su ser, pero al no querer ser “hijos” la viven como una enfermedad, hasta llegar, con Nietzsche, a pretender curar una terrible enfermedad: la de ser hombres.

¹⁵ Cfr. Luc. 15, 11-32.

¹⁶ *Camino*, n. 611.

¹⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 11.

¹⁸ La fe sin obras está muerta.

¹⁹ Mientras somos *viatores*, nuestro amor es de esperanza, ya que esperamos que nuestros dones serán aceptados por Dios.

En esta vida de oración, inmerso en la vida contemplativa –el velo que separa lo sobrenatural de lo natural es muy sutil–, el cristiano va de las cosas a Dios y desde Dios a las cosas con gran facilidad: “Con esta búsqueda del Señor, toda nuestra jornada se convierte en una sola íntima y confiada conversación (...) oración constante, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana (...) Procuraremos, por tanto, no perder jamás el punto de mira sobrenatural, viendo detrás de cada acontecimiento a Dios”.²⁰

En esa entrega, “la fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva, la que nos da Dios”.²¹

De esta manera, para el cristiano corriente no cabe la doble vida, lo cual se ve como una tentación que rompe la unidad, porque nos desliga, rompe la dependencia de nuestro ser personal: “Es la tentación tan frecuente, entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida de relación con Dios, de una parte, y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas”.²²

b. La vida social

Tenemos entonces que en la vida del cristiano confluyen recíprocamente la dimensión vertical –sobrenatural– y la horizontal de su vida humana. En este sentido horizontal, el de su esencia humana, está el plexo de la vida social. Al entrelazar su vida –desbordante– con la de los demás, el cristiano pone a su servicio los dones con que cuenta y que los demás necesitan para su crecimiento, lo cual lleva a ver el apostolado cristiano como una sobrea-bundancia de su vida interior, ya que en la medida en que se identifica con Cristo, hace posible Su paso entre los hombres, por eso “el cristiano ha de

²⁰ *Amigos de Dios*, n. 247.

²¹ *Es Cristo que pasa*, n. 46.

²² *Conversaciones*, n. 114.

mostrarse siempre dispuesto a convivir con todos, a dar a todos –con su trato– la posibilidad de acercarse a Cristo Jesús”.²³

Así pues, la vida ordinaria es el cauce de la entrega del cristiano, el ámbito de su santificación: “Es la vida ordinaria el verdadero lugar de nuestra existencia cristiana”. En efecto, “allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de nuestro encuentro cotidiano con Cristo”.²⁴ Es la vida ordinaria de los primeros cristianos y es cerrar un paréntesis de siglos en la historia de la Iglesia.

En este sentido, la vida del cristiano, impulsada por el Espíritu, vive la unidad con el vínculo de la caridad fraterna: “Más que en dar, la caridad está en comprender”.²⁵ Así, su vida social se encuentra asistida por la vida contemplativa, por esa coexistencia de su ser personal, en una entrega filial a Dios. Al respecto afirma el Beato Josemaría:

“Si mirásemos a nuestro alrededor, encontraríamos quizá razones para pensar que la caridad es una virtud ilusoria. Pero, considerando las cosas con sentido sobrenatural, descubrirás también la raíz de esa esterilidad. La ausencia de un trato intenso y continuo, de tú a Tú, con nuestro Señor Jesucristo; y el desconocimiento de la obra del Espíritu Santo en el alma, cuyo primer fruto es precisamente la caridad”.²⁶ Y en otro lugar advierte que “El amor que debe mediar entre los cristianos nace de Dios, que es Amor”.²⁷

c. El trabajo humano

El encargo divino de dominar el mundo, de perfeccionarlo, encuentra su lugar en el trabajo humano. Con su trabajo, el cristiano está llamado a perfeccionar el mundo, perfeccionar a los demás y perfeccionarse él

²³ *Es Cristo que pasa*, n. 124.

²⁴ Cfr. homilía “Amar al mundo apasionadamente”.

²⁵ *Camino*, n. 463.

²⁶ *Amigos de Dios*, n. 236.

²⁷ *Amigos de Dios*, n. 228.

mismo.²⁸ Esto conlleva un ejercicio de todas las virtudes humanas y cristianas, de modo que la presencia directiva de Dios en nuestras vidas se haga cada vez mayor y redunde en beneficio nuestro, en el de los demás y en el del universo. Así, el fiel cristiano sirve a la Iglesia, recordando que “para servir, servir”. De esa manera, en ese reforzamiento de las dos dimensiones natural y sobrenatural, horizontal y vertical, el trabajo humano es un medio para dar gloria a Dios, por el *regnare Christum volumus*: “Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*, (Jn. 12, 32). Si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, (...) todo lo atraeré hacia Mí”.²⁹

De acuerdo con esto, y aunque son muchas las enseñanzas del Beato Josemaría sobre el trabajo humano, traeré a colación dos de ellas que ponen de manifiesto la entraña del trabajo humano que tiene que ser santificado, santificante y santificador: “En vuestra ocupación profesional, ordinaria y corriente, encontraréis la materia –real, consistente, valiosa– para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo”,³⁰ lo cual es muy exigente: “Es toda una trama de virtudes la que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo: la fortaleza, para perseverar en nuestra labor, a pesar de las naturales dificultades y sin dejarse vencer nunca por el agobio; la templanza, para gastarse sin reservas y para superar la comodidad y el egoísmo; la justicia, para cumplir nuestros deberes con Dios, con la sociedad, con la familia, con los colegas; la prudencia, para saber en cada caso qué es lo que conviene hacer, y lanzarnos a la obra sin dilaciones. Y todo, insisto, por Amor, con el sentido vivo e inmediato de la responsabilidad del fruto de nuestro trabajo y de su alcance apostólico”.³¹

²⁸ Este perfeccionamiento es habitual, ya que como decíamos tomando pie en la filosofía aristotélica, los actos humanos inciden sobre sus principios, y de esta manera los dejan mejor dispuestos para el siguiente acto, haciendo posible así las virtudes y el crecimiento de la vida humana propia y –en cierta medida– de la vida de los demás.

²⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 183.

³⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 49.

³¹ *Amigos de Dios*, n. 72.

2. El crecimiento de la vida cristiana

A. Los cimientos: la oración

De acuerdo con lo que llevamos diciendo, los actos humanos del cristiano tienen que inspirarse en esa vida contemplativa, dejando lugar a que el Espíritu Santo actúe. Por eso advierte el Beato Josemaría: “Tu oración es el cimiento del edificio espiritual”,³² lo cual evita el activismo despersonalizador: “La acción nada vale sin la oración”.³³

B. El crecimiento e inagotabilidad de la vida cristiana

El Beato Josemaría ha insistido frecuentemente en la práctica de las virtudes, humanas y sobrenaturales, a las que nos hemos referido ya, y que son las que hacen posible el crecimiento de la vida cristiana³⁴. En la base de las virtudes humanas se encuentran la fortaleza y la templanza, necesarias para controlar las tendencias sensibles, y de esta manera no impedir la prudencia y con ésta la justicia –la justicia con los demás (sinceridad, laboriosidad, etc.) y también la justicia para con Dios–; todas ellas contribuyen a aumentar la caridad que es la virtud sobrenatural más importante. Sin embargo, ese ejercicio virtuoso conlleva mucho sacrificio, ya que no se puede evitar la presencia del mal dentro y fuera de nosotros, por lo cual es pertinente su recomendación:

“Aceptemos sin miedo la voluntad de Dios, formulemos sin vacilaciones el propósito de edificar toda nuestra vida de acuerdo a lo que nos enseña y exige nuestra fe. Estemos seguros de que encontraremos lucha, sufrimiento y dolor, pero, si poseemos de verdad la fe, no nos consideraremos nunca desgraciados: también con penas e

³² *Camino*, n. 83.

³³ *Camino*, n. 81.

³⁴ “No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos si no va unida a las corrientes virtudes de cristiano. Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores”, en *Camino*, n. 409.

incluso con calumnias, seremos felices con una felicidad que nos impulsará a amar a los demás, para hacerles participar de nuestra alegría sobrenatural.”³⁵ La fidelidad requiere fortaleza,³⁶ es decir una cierta firmeza y constancia de la voluntad: “Inconmovible: así has de ser. Si hacen vacilar tu perseverancia las miserias ajenas o las propias, formo un triste concepto de tu ideal. Decídetes de una vez y para siempre”.³⁷

Así pues, la virtud articula el curso intenso de la vida cristiana: “No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida sencilla y fuerte en la que se fundan y compenentran todas nuestras acciones”.³⁸ Desde ahí, la vida cristiana crece irrestrictamente, lo cual conlleva una constante y alegre renovación de la entrega: “Huyamos de la rutina como del mismo demonio”,³⁹ y un recomenzar continuamente: “Precisamente tu vida interior debe ser eso: comenzar... y recomenzar”.⁴⁰

De esta manera la edificación de la vida aspira a una superación de la actualidad de la vida, a su inagotabilidad: El vivir desbordante que no se agota, y que el Beato Josemaría expresó diciendo: “Esto de aquí es un continuo acabarse: aún no empieza el placer y ya se termina.”⁴¹ “Considera lo más hermoso y grande de la tierra, lo que place al entendimiento y a las otras potencias, y lo que es recreo de la carne y de los sentidos. Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el universo entero. Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! ¡tuyo!...”⁴² Por tanto, el inagotable vivir clama por la eternidad (“*Vultum tuum, Domine requiram*: Buscaré Señor Tu rostro”):

³⁵ *Es Cristo que pasa*, n.97.

³⁶ “Ser fiel a Dios exige lucha. Y lucha cuerpo a cuerpo, hombre a hombre –hombre viejo y hombre de Dios–, detalle a detalle, sin claudicar”, en *Surco*, n. 126. Cfr. también: *Camino*, n. 306; *Surco*, n. 149; *Camino*, n. 696.

³⁷ *Camino*, n. 995.

³⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 126.

³⁹ *Camino*, n.551.

⁴⁰ *Camino*, n. 292. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 64.

⁴¹ *Camino*, n. 753.

⁴² *Camino*, n. 432.

¿qué será ese Cielo que nos espera, cuando toda la hermosura y la grandeza, toda la felicidad y el Amor infinitos de Dios se viertan en el pobre vaso de barro que es la criatura humana, y la sacien eternamente, siempre con la novedad de una dicha nueva?”⁴³

Bibliografía resumida

Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Camino, Surco, Forja, Amigos de Dios, Es Cristo que pasa, Conversaciones*.

Congregación para la Causa de los Santos. *Decreto pontificio sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*, 9 abril de 1990.

del Portillo, Álvaro. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por C. Cavalleri, Madrid, Rialp, 1993.

Le Tourneau, Dominique. “Las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre la unidad de vida”, en *Scripta Theologica*, 31, Pamplona, 1999.

Vázquez de Prada. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1984.

Juan Pablo II. Encíclica *Fides et Ratio*.

Aristóteles. *Ética a Nicómaco y Sobre el alma*.

Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica y De Veritate*.

Polo, Leonardo. *Antropología trascendental I*, Pamplona, EUNSA, 1999, y “El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer”, en *Anuario Filosófico*, Pamplona, EUNSA, 1985.

Yepes, Ricardo. *La doctrina del acto en Aristóteles*, Pamplona, EUNSA, 1994.

⁴³ *Surco*, n. 891.